

Philipp Blom

La fractura

Vida y cultura en Occidente,
1918-1938

Traducción de Daniel Najmías



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:

Fracture
Atlantic Books
Londres, 2015

Ilustración: «La fractura», 2016, collage digital, © Carmen M. Cáceres

Primera edición: octubre 2016

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© De la traducción, Daniel Najmías, 2016

© Philipp Blom, 2015

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2016

Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-6406-9

Depósito Legal: B. 16673-2016

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

*Para Manfred, Peter y Tanja,
y en memoria de Jon, poeta, profesor y amigo*

Dios ha muerto. Un mundo se ha derrumbado. Soy dinamita. La historia del mundo se ha partido en dos mitades. Hay un tiempo delante de mí. Y un tiempo después de mí. Religión, ciencia, moral..., fenómenos cuyo origen es el miedo de los pueblos primitivos. Una época se derrumba. Se derrumba una cultura milenaria. [...] El mundo se revela a sí mismo como una batalla ciega de fuerzas desencadenadas.

El hombre perdió su rostro celestial, se convirtió en materia, en conglomerado, en animal, un producto demente de pensamientos que se retuercen de manera abrupta e insuficiente. [...] Y otro elemento, destructivo y amenazante, colisionó con la búsqueda desesperada de un nuevo orden en las ruinas del mundo pasado: la cultura de masas en la metrópolis moderna. Complejos son los pensamientos y las sensaciones que asaltan el cerebro; sinfónicos los sentimientos. Se crearon máquinas que ocuparon el lugar de los individuos. [...] Un mundo de demonios abstractos devoró la expresión individual, se tragó los rostros de los individuos en máscaras altas como torres, engulló la expresión personal, privó de sus nombres a las cosas, destruyó el ego y agitó océanos de sentimientos hundidos.

HUGO BALL, «Kandinsky», 1917*

* Salvo mención expresa a pie de página, las citas se han traducido a propósito para la presente edición. Este fragmento forma parte de la conferencia que Hugo Ball pronunció el 7 de abril de 1917 en la Galería Dada de Zúrich. (*N. del T.*)

INTRODUCCIÓN: 1.567 DÍAS

El 10 de agosto de 1920, a las nueve y media de la mañana, Mamie Smith, cantante de treinta y siete años de edad, llegó con sus músicos a un estudio de grabación próximo a la neoyorquina Times Square. Apiñados alrededor de la enorme bocina de la grabadora, empezaron a improvisar «Crazy Blues», un tema compuesto para la ocasión. Lo tocaron y lo entonaron una y otra vez mientras iban fraseando y perfeccionando los arreglos. Más tarde, Perry Bradford, el pianista, recordó: «Cuando atacamos la introducción y Mamie empezó a cantar, sentí la emoción de mi vida al oír los gemidos de la corneta de Johnny Dunn y ese blues soñador, y a Dope Andrews, que hacía unas apoyaturas dobles muy sureñas con su trombón mientras Ernest Elliott reproducía un jive de clarinete y Leroy Parker, que ese día estaba inspirado, desgarraba el violín. Vamos, que fue demasiado para mí.»¹

Como no podía ser de otra manera, ese blues hablaba de un amor no correspondido. Smith, con su potente voz de contralto, lo cantaba sin pulir, con una pena profunda, mientras, acompañándola, suspiraban y gemían clarinete, violín y trombón y los músicos se ponían a tono echándose al colete tragos de ginebra de contrabando con zumo de zarzamora. Después de trece grabaciones y ocho horas de trabajo, los músicos se declararon satisfechos con el resultado. Estaban cansados y contentos, viviendo algo parecido a un trance colectivo. Despidieron el día comiendo carillas con arroz en el apartamento de Mamie.

Smith, que ya no vivía en el deprimido barrio de Cincinnati donde había crecido, supo hacerse un nombre en el teatro de vo-

devil de Harlem antes de empezar a actuar en bares y *speakeasies*, los famosos bares clandestinos de la época. Vivía al límite, pero tuvo su recompensa. Su voz, expresiva, oscura, dúctil, no tardó en agradar al público local, y al final hasta el gran sello Victor se interesó por grabar un disco con ella. No obstante, la productora acabó abandonando la idea; por motivos artísticos, seguramente, aunque es más probable que dejase el proyecto también por miedo. Smith era negra, y los clientes del Sur en particular habían advertido a las discográficas que boicotearían sus productos si grababan a artistas negros e incluían sus nombres en los créditos. Al final fue una compañía más modesta, la Okeh Phonograph Company, la que decidió no amilanarse ante esas amenazas y dio una oportunidad a Mamie, que había grabado su primer blues, «That Thing Called Love», el día de San Valentín de 1920 con una banda formada por músicos exclusivamente blancos; podría decirse que fue una solución de compromiso. Hasta entonces ningún afroamericano había grabado un blues.

«That Thing Called Love» reportó beneficios interesantes a la discográfica, y cuando le ofrecieron a Mamie grabar un segundo disco, le permitieron hacerlo con su banda de siempre. Cuando se enteró, la cantante se puso a bailar de alegría. Esta vez, tras un largo día en el estudio, «Crazy Blues» quedó listo para imprimir y distribuir, y vendió setenta y cinco mil copias sólo en Harlem y en apenas un mes. En todos los Estados Unidos, las ventas pronto alcanzaron el millón de copias, un hecho histórico, y no sólo para un artista negro. Ese año sólo vendieron más el célebre Enrico Caruso y Al Jolson, con su gran éxito «Swanee».

Lo que convirtió el disco de Mamie Smith en algo tan fenomenal fue que «Crazy Blues» lo compraron tanto oyentes negros como blancos. Estaba ocurriendo algo nuevo. Los cantantes clásicos como el tenor Caruso y los cantantes melódicos profesionales como Jolson ya llevaban a la gente un repertorio más popular, pero siempre en forma tan lustrosa y bien arreglada como el pelo con brillantina de Jolson. A diferencia de ellos, Smith transmitía una emoción sin barniz. Toda una cultura reconoció su voz en la de la artista, pues ésta combinaba el pregón de un vendedor ambulante con la garra de una lavandera furiosa tras siglos de humillación, y, a la vez, el puro gusto por la vida de una joven. No era

la primera vez que un cantante popular destacaba por esa frescura y espontaneidad, por supuesto, pero hasta entonces no se había grabado una interpretación como la de Mamie. La voz de los de abajo llegó a los elegantes salones de las clases media y alta, y fueron los jóvenes, en particular, quienes sintieron que también hablaba por ellos.

Mientras Mamie Smith disfrutaba de su personal oleada de éxitos como «Reina del Blues», otros artistas negros empezaron a difundir el atractivo del jazz dentro y fuera de los Estados Unidos. El jazz era muchísimo más que una melodíaailable. Era el hijo de la esclavitud, de los *speakeasies*, la fuente de inspiración de la indecencia y la irresponsabilidad; era subversión acústica, la infiltración musical de vidas al límite, en los márgenes, hacia el centro de la sociedad. En Norteamérica, un grupo de jóvenes músicos negros –entre otros, Louis Armstrong, Jelly Roll Morton, Sidney Bechet, Bessie Smith y Duke Ellington– a menudo sólo podían actuar en clubs y bares ilegales o exclusivamente para negros. En cambio, en Europa, donde todavía coleteaba la pesadilla de la Primera Guerra Mundial, actuaban en las grandes capitales, donde los saludaban como a heraldos de una nueva época. En cierto modo, el jazz encarnaba todo lo que había cambiado y más; encarnaba el hecho de que ya nada era como antes de 1914.

Y llegó a ser la banda sonora de una época, una carga incendiaria lanzada al corazón de la sociedad, un ritmo tenso y sensual que socavaba el viejo orden. Hasta los nazis rindieron tributo a la fuerza de su mensaje, declarando una guerra cultural contra el «degenerado jazz de los negros»; asustados ante tan poderoso tirón, fueron incapaces, sin embargo, de reemplazarlo con nada que no fuese swing esterilizado, marchas militares y vales vieneses transformados en vehículos del sentimiento nacionalsocialista. Pero nunca se sintieron a salvo. Al parecer, el ritmo sincopado era una amenaza que acechaba en todas las esquinas.

En el centro de esa imagen de un mundo completamente nuevo, surgido tras la guerra, se encierra una paradoja. Como ya señalé en mi libro *Años de vértigo. Cultura y cambio en Occidente, 1900-1914*, el gran paso hacia la modernidad no se dio en las trincheras del frente occidental; antes bien, muchos de sus elementos ya estaban presentes bastante antes de 1914. La sociedad

de masas, el consumismo, los medios de comunicación, la urbanización, las grandes industrias, las finanzas, el feminismo, el psicoanálisis, la teoría de la relatividad, el arte abstracto y la música atonal estaban ahí en los inicios de la guerra. Entonces, ¿por qué de repente el mundo pareció mucho más moderno? ¿Por qué es mucho más que una sola década lo que parece separar las modas, las costumbres y la moral entre, pongamos por caso, 1913 y 1923?

Es posible que esta paradoja aparente se resuelva con otra. La Primera Guerra Mundial suele considerarse una ruptura radical seguida de un nuevo comienzo, y la suposición de esa súbita ruptura parece explicar por qué el mundo se vio de una manera distinta después de 1918; pero, si nos detenemos a estudiar la época, nos sorprenderán, y más de una vez, las grandes fuerzas de continuidad que se remontan a 1900, atraviesan los años de la guerra y se internan en el futuro.

En el epígrafe con que he encabezado este libro, el poeta alemán Hugo Ball pinta un escenario apocalíptico, un fin del mundo, la «batalla ciega de fuerzas desencadenadas». Ball escribió ese texto en 1917, y si bien su análisis poético parece corresponder al periodo de entreguerras, tras la supuesta ruptura de 1918, en realidad describía la vida de antes de 1914. Las áreas metropolitanas se habían convertido en campos de batalla de la modernidad apenas iniciado el siglo XX, y Ball pudo decir: «El mundo se transformó en un lugar monstruoso, siniestro, donde desaparecieron la relación de la razón con la convención, la vara de medir. [...] La teoría de los electrones provocó una extraña vibración en todas las superficies, líneas y formas.»²

El escenario casi bélico de la vida urbana que Ball evoca es asombrosamente similar a las descripciones que los soldados de la Gran Guerra enviaron desde el frente, un lugar infernal repleto de máquinas, de técnica, de amenazas constantes y de una individualidad aniquilada, un lugar en el que mandaban unos demonios abstractos. Ball mismo se había presentado voluntario al servicio militar, pero lo clasificaron no apto para el combate. Su única confrontación directa con la vida en el frente tuvo lugar cuando, a finales de 1914, fue a visitar a un amigo herido cerca de Lunéville. Lo que vio detrás de las líneas del frente lo impresionó hondamente, y, como queda claro en la conferencia que dio en Zúrich

tres años más tarde, identificó la brecha existencial y la ruptura histórica con la «electricidad cosquilleante» de la modernidad y su más alta expresión, a saber, la fascinación y el peligro de la vida en la gran ciudad.³

Las nuevas máquinas, los inventos de la ciencia y los procesos industriales venían transformando la vida de los habitantes de las ciudades desde antes de 1914 y, en menor grado, también de los que vivían en las zonas rurales. Los habitantes de las aglomeraciones urbanas ya habían llegado a depender, para la vida cotidiana, del transporte público, de los artículos fabricados en serie, de alimentos importados de todos los rincones del mundo, del trabajo en fábricas y oficinas, de los periódicos, del cine y de los avances de la técnica (por ejemplo, los condones de caucho galvanizado, que facilitaban relaciones sexuales más rápidas y menos arriesgadas). Las posibilidades técnicas cambiaron no sólo lo cotidiano, sino también la identidad de los que vivían de esa manera.

Las consecuencias sociales y las posibilidades que abrieron los cambios de la técnica comenzaron a transformar todos los aspectos de la vida. En menos de una generación se democratizaron ámbitos como el entretenimiento, la enseñanza y los viajes; las mujeres reclamaban igualdad de derechos y luchaban por ellos, y los trabajadores estaban cada vez más organizados y dispuestos a defender sus intereses desde los sindicatos y con huelgas. Para los de más abajo, la vida en la metrópolis era miserable, pero los que ya estaban un peldaño más arriba, los que tenían suficiente para comer y pagarse un techo, se beneficiaron del acceso a artículos y alimentos más baratos y tuvieron más posibilidades de aprender sobre otras gentes, lugares, culturas y puntos de vista, y de conocerlos personalmente también, aunque sólo fuera gracias a cortos cinematográficos, a fotografías mal reproducidas en los periódicos o a una excursión familiar de fin de semana en tren y en tercera clase.

El mundo había crecido; el mundo había pisado el acelerador. Relojes, cintas transportadoras, horarios de trenes, telegramas y teléfonos hacían más rápida la vida cotidiana; coches veloces, bicicletas, aviones y también trenes y barcos eran noticia todos los días, a medida que se batían a diario nuevos récords en una especie de competición entre la naturaleza y el ingenio mecánico del

ser humano. Las máquinas llevaron las capacidades del hombre a límites que superaban los sueños de la mayoría.

El avance imparable de la historia también provocó profundas angustias. A nivel filosófico, escritores de diversas tendencias políticas, desde el fanático antisemita Otto Weininger, con su odio a sí mismo, hasta el humanista de izquierdas Émile Zola, subrayaron que la modernidad devoraba a sus hijos, que la vida en la gran ciudad capitalista, sin raíces, internacionalizada y fabricada en serie se tragaba la virtud y la dignidad. Como fenómeno sociológico, cabe destacar la reciente seguridad en sí mismos que experimentaron grupos hasta entonces privados de derechos, como las mujeres, los obreros y las víctimas de discriminación racial, que se rebelaron contra la exclusión. De las colonias de todas las grandes potencias llegó una oleada de agitación en favor de los derechos civiles y del orgullo nacional, que se expresó en protestas violentas y en actos de desobediencia civil; las mujeres irrumpieron con las campañas de las sufragistas y el análisis penetrante de escritoras como Rosa Mayreder, que declararon obsoleta la masculinidad tradicional; y los trabajadores entraron en escena cada vez más comprometidos con la revolución, tanto en el plano ideológico como individual.

Ese revuelo social e intelectual dio lugar a multitud de reacciones, y las más importantes se registraron entre los hombres que veían amenazada su masculinidad por unos modelos de poder que comenzaban a cambiar y por una vida personal y profesional marcada por la velocidad y la inseguridad. A los que no podían manejar las nuevas exigencias los declaraban «neurasténicos» y los enviaban a hospitales psiquiátricos, para que se recuperasen apartados de las prisas constantes de la vida urbana. Otros buscaron refugio en los rituales de la masculinidad, como el culturismo y el culto a la salud y la buena forma física. Se pusieron de moda los uniformes y se celebraron más duelos que nunca, mientras en los periódicos, de Chicago a Berlín, unos discretos anuncios pedían a los lectores que se preguntasen si no padecían lo que dio en llamarse «debilidad masculina» secreta, o «agotamiento nervioso», y proponían tinturas y baños eléctricos que potenciaban la virilidad.

Por tanto, para muchos hombres el estallido de la guerra fue una oportunidad que saludaron como una vía que les permitiría

dar la espalda a la vida urbana «afeminada» que minaba la virilidad y conquistar no sólo territorio enemigo, sino la hombría misma. Cuando los primeros entusiastas se presentaron voluntarios en Múnich y Manchester, en Linz y Lyon, resonaban en sus oídos sermones, lecciones y exhortaciones públicas que los instaban a seguir la noble llamada de la patria y a encontrar la muerte o la gloria en el campo del honor, donde se libraría un combate sagrado, bendecido por Dios, que enfrentaba al hombre contra el hombre, el sable contra el sable, el valor contra el valor. Para muchos, la guerra fue el remedio ideal contra la vida en un mundo moderno carente de alma.

El entusiasmo que caracterizó el estallido de la guerra en el verano de 1914, eso que en Alemania se llama simplemente la «experiencia de agosto», es uno de los factores que suelen citarse para retratar los años anteriores a 1914 como ingenuos y ávidos de guerra; y no cabe duda de que, en cierta medida, lo fueron, pero ésa sería solamente la mitad de la historia, una mitad contada y vuelta a contar cientos de veces hasta hace muy poco, en parte porque encajaba en el relato de un emperador alemán belicista y una casta militar fuera de control que hundió a toda Europa en la miseria.

Las investigaciones recientes permiten ver un cuadro más matizado. Hubo entusiasmo, sin duda, y hay pruebas de sobra que lo demuestran, principalmente porque los más entusiastas —a menudo jóvenes de clase media— fueron precisamente los que más pruebas aportaron en forma de cartas, diarios, poemas y memorias. No obstante, esa imagen no tiene en cuenta la oposición a la guerra por parte de obreros y campesinos de todos los bandos (los primeros porque sus familias podían pasar hambre y porque veían la guerra como una maquinación capitalista; los segundos, porque sus tierras quedarían abandonadas) y hace caso omiso de las grandes manifestaciones pacifistas, por lo general de cuño socialista, que tuvieron lugar en París, Berlín y Londres, así como de las muchas voces que se declararon escandalizadas y predijeron un final catastrófico ya en una fecha tan temprana como agosto de 1914.

El entusiasmo del verano de 1914 se ha convertido en una de esas verdades históricas «recibidas», pero es una verdad que prefiere olvidar que, en gran medida, el mito de la «experiencia de agosto»

to» fue una creación consciente y deliberada. Cuando Hitler llegó al poder, circulaban en Alemania más de doscientos mil ejemplares de las *Kriegsbrieife deutscher Studenten* («Cartas de guerra de estudiantes alemanes»), una obra propagandística y muy selectiva sobre el culto retrospectivo al héroe, publicada en 1916 por Philipp Wittkop, y su popularidad sigue abonando la suposición generalizada de que tanto soldados como sociedades enteras fueron a la guerra embriagados por un entusiasmo frenético.

Si bien muchos soldados fueron a combatir desgarrados entre la preocupación por sí mismos y por sus familias, entre el resentimiento que les provocó verse forzados a luchar por una causa que no era la suya y el verdadero entusiasmo por la vida gloriosa y peligrosa del soldado, ese «baño de acero» que los convertiría en hombres de verdad, la experiencia real fue peor de lo que pudieron temer. Las más altas esperanzas de heroísmo se vieron trastocadas por la realidad de la guerra mecanizada, todos esos soldados hacinados en trincheras inundadas, viendo cómo se les pudrían los pies, rodeados de la peste de los cadáveres que se descomponían en la tierra de nadie y a la espera de que, en cualquier momento, un proyectil disparado a varios kilómetros de distancia cayera del cielo y acabara con sus vidas con una cruel indiferencia por el valor y el patriotismo.

La modernidad en guerra

La Primera Guerra Mundial tuvo muchos frentes, desde Galípoli en Turquía hasta el río Isonzo en los Alpes; fue una horrenda carnicería también en la Europa oriental, y en las colonias estallaron conflictos satélites, pero la experiencia que con más intensidad se grabó en la imaginación de los soldados y las sociedades de la Europa occidental y los Estados Unidos fue el frente occidental, que se extendía entre Francia y Bélgica. Allí fue a combatir la mayor parte de las tropas, y fue el escenario de la guerra más mecanizada y con mayor empleo de la técnica que la humanidad había visto hasta entonces. Un páramo de aspecto lunar, cráteres abiertos por miles de proyectiles y las cicatrices de trincheras a lo largo de miles de kilómetros... Ésa era la modernidad desenfrenada. Allí todo estaba fa-